

LAS SOMBRAS DE LA TIERRA

Francisco Javier Carrillo Montesinos

LA SOMBRA DEL BIEN

Se oye decir que, vencida la actual pandemia, llegarán intensos tiempos de desenfreno en un infernal retorno a la sinrazón. En estos momentos de zozobra pandémica cada persona se siente compungida bajo la sombra del mal (SUR/Tribuna, 31.12.2020). El bien quedó oculto tras el telón de boca del gran teatro del mundo.

Latente pero activo en la esperanza. En toda lucha entre dos opuestos ambos siguen el curso de su existencia. Los indicadores de muerte han de confrontarse con los indicadores actuales de vida que se aferra a la vida en las colas del hambre, en la pobreza sobrevenida, en la empatía entre los desfavorecidos, en la solidaridad de una mirada activa al camarero de un bar, a la cajera de un supermercado, al conductor de ambulancia, al repartidor de comida, al silencioso ciudadano de a pie, a médicos y personal sanitario que sostienen la energía vital, al cura párroco que abre la puerta trasera para entregar unas cuantas mascarillas, a los que plantan sus cañas en la arena para poder llevar comida a sus hogares, a los que reviven cada día el valor de la gratuidad cuando parece que todo se tambalea.

Georges Bernanos, alineado en las filas del «catolicismo social» de la época, sostenía: «Nada comprenderíamos de la civilización moderna si, de entrada, no admitiésemos que se trata de una conspiración universal contra toda especie de vida interior». Cien años nos distancia de esta profunda reflexión, hoy en plenas sociedades de la apariencia que caminan sobre la superficie y la luz neón del consumismo, del pensamiento ausente, de valores difuminados y relativizados, de

una inquietante ética política y ética de los negocios al ritmo incomprendido, por la mayoría de los ciudadanos-personas, de la cara laminar de la globalización. La pandemia fue posible, en sus efectos multiplicadores, a la citada globalización. La respuesta (es decir, el bien) ha de ser también global, así como contra el cambio climático, si aprendemos la lección y dejamos que el bien aflore en nuestros pensamientos.

¿Por qué en los momentos extremos de vacas flacas emergen los gestos de solidaridad y no surgen precisamente en las llamadas épocas de bonanza para impedir las amenazantes sombras del mal? Habla la euforia impenitente: tras la vacunación universal volveremos con más ímpetu a lo mismo que precedió a la pandemia: transgredir el equilibrio de los ecosistemas es causa y efecto de la rebelión de la naturaleza que suele responder de manera implacable. El tráfico incontrolable de mercaderías, de miles de millones de personas, de fauna y flora, de muchos productos consumibles sin garantía sanitarias de origen, las manipulaciones genéticas no sólo en laboratorios sino en corrales y en fábricas para «mejorar el producto», caracterizan el estilo de funcionamiento de la diversidad de sociedades y de culturas contemporáneas en función del comercio de masas, del turismo de masas, del consumo de masas, de la desregularización de la circulación de los capitales financieros globalizados, de los sistemáticos atentados a la naturaleza y a su paisaje. ¿Y el «bien común» en donde todos participen del gran pastel nupcial de la pospandemia? Sólo cuenta el «interés general», concepto estadístico en donde se difumina la persona concreta. Algunos dirán imposible un bien común para los



LA TIERRA, ENSOMBRECIDA

siete mil setecientos millones de habitantes del planeta. ¿Habitamos una «casa común», que hay que preservar y cuidar (empezando por los niveles de vida dignos de cada una de las personas), o, por el contrario, el sálvese quien pueda que alimenta, en vasos comunicantes, la presencia existencial del mal?: «mal de muchos, consuelo de tontos». ¿Veremos futuros cinco estrellas con variadas sopas de murciélagos en la Quinta Avenida o la presencia de un pangolín-guardián que defiende tu parcela?

Volver a la pre-pandemia, sin reformas estructurales, sin regulación de la movilidad en el mundo, sin desarrollo social, económico y sanitario de la mayor parte de la población mundial, sería tropezar de nuevo en la misma piedra bajo la dirección de los algoritmos y de la Inteligencia Artificial. El gran desafío sería contribuir todos unidos a cubrir la Tierra con la sombra del bien, aunque sólo sea para evitar nuevas catástrofes. Y para que cada persona adquiriera un espacio de felicidad sostenida que potencie la paz interior de la que hablaba Bernanos.

El bien está diluido entre los nervios de la Covid-19. Las plagas de Egipto no destruyeron la fertilidad del limo de las orillas del Nilo. Los efectos de la pandemia actual no se superarán sólo con un maletín de vacunas contra las próximas epidemias. A toda guerra debe acompañar un proyecto de reconstrucción y de reconver-

sión mental para después de la contienda: “la paz no es sólo ausencia de guerras”. Es algo más.

LA SOMBRA DEL MAL

Dos referencias recientes: el profesor Osterholm afirma que tenemos que estar preparados para nuevas pandemias, lo que en román paladino significa previsión, vigilancia y masivas inversiones, desde ahora, en investigación básica. ¿Se reflejará esta alerta en los presupuestos de los Estados y en una unidad de acción a nivel mundial? Por su parte Bill Gates cree que después de la Covid-19 vendrá una pandemia peor, con una mortalidad cinco veces mayor, si no se actúa de inmediato en el cambio climático.

La tensión entre el bien y el mal ha acompañado a toda la historia de la humanidad desde sus orígenes. A la persona que nace se le considera un bien (y lo es), pero al tiempo del nacimiento se le presenta el certificado de muerte irremediable, lo que las culturas califican de mal (y objetivamente lo es). En la tierra antrópica, todos los museos arqueológicos y etnográficos presentan testigos de muerte, violencia y efectos del mal. Las excavaciones antropológicas no escapan a las numerosas muestras del mal en todos los rincones del mundo, en todas las civilizaciones. Desde el momento en que una tribu acotó su parcela para asentarse en ella, la guerra surgió. Con el desarrollo de la razón, el ser humano fue tomando conciencia y diferenciando el bien del mal. Y cabría preguntarse -para lo que no tenemos respuesta- si esa distinción fue innata o evolutiva. ¿Sufrían con dolor las familias aztecas o cartaginesas ante el sacrificio de sus hijos en la pira de ofrendas a los dioses?

La Edad Media fue atroz y de gran violencia. Las guerras de religión no escaparon a la agresividad extrema. Los auto de fe, las muertes por hacha en las dinastías británicas, la guillotina en la Revolución Francesa, el frío asesinato por razones ideológicas de los Romanov en la Revolución de Octubre, el horror de

la muerte con bayoneta calada cuerpo a cuerpo en la I Guerra Mundial, los campos de exterminio nazis y el Holocausto, los gulags de la URSS en un comunismo ciego, el terrible bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, el bombardeo de Guernika, de Cabra o las muertes civiles en la «carretera hacia Almería», la destrucción de asentamientos humanos durante la II Gran Guerra, la aplicación del garrote vil, los «paseos» que acababan en fusilamiento, el exterminio perpetrado por los jémeres rojos en Camboya, las masacres en la colonización de África durante un siglo, la generación del armamento atómico que produce una latente y peligrosa tensión mundial, los terrorismos de ayer y de hoy... A ello podría añadirse, en nuestra época, la violencia simbólica y enseñada de la competitividad sin cuartel, las grandes desigualdades planetarias, la mentira o la media verdad en la gestión de las sociedades, la lucha (y no precisamente la búsqueda de entendimientos) de las ideologías (que no de las ideas), los millones de refugiados, los tráficos de seres humanos, de órganos, de armas, de drogas duras y la radicalidad excluyente de poderes soberanos y poderes fácticos.

A la defensa del bien se suele calificar de «buenismo» o de «angelismo». El colmo de la irracionalidad que hemos creado. Se tiene la impresión de que la opción entre el mal y el bien se deja entre las manos de la relación de fuerzas que altera y transforma la naturaleza; y la naturaleza responde tarde o temprano. No es asirse al pesimismo, pero es la realidad que se va modulando día a día por decisiones de personas que pueden llegar, en el paroxismo de la locura competitiva, a la clonación del ser humano y a otras manipulaciones genéticas de incidencias imprevisibles e incontrolables.

Hay otro mal identificado en las catástrofes naturales: terremotos, volcanes, tsunamis, inundaciones mortíferas, la Covid-19 y tantos otros virus y bacterias que están en la naturaleza (no sabemos por qué) y que no les gusta se altere su entorno natural. Son desafíos a



LA POBLACIÓN, ENMASCARADA

la ciencia y a la técnica que se encuentran ante los interrogantes del cambio de era que nos ha tocado vivir, en el que los enormes movimientos demográficos (1.200 millones de turistas antes de la pandemia) y de los cuantiosos movimientos de intercambios de mercancías cada día originan consecuencias difíciles de predecir. Un mundo raro que parece haberse dislocado con la ilusión de la inmortalidad de la vida en la inmediatez. Quedó lejos del raciocinio el primer argumento del nacimiento que es el del inicio del itinerario de la muerte. La razón de ser se descontroló en la opacidad de la conciencia.

Las consecuencias del mal, en cualquier época de la historia, golpean a la mayoría y suele beneficiar a unos pocos. Y esto es digerido por los que optan por la apariencia y rechazan su propia identidad. ¿No fue así incluso con la Desamortización de Mendizábal que no benefició a los que tenía que beneficiar?

¿Soluciones? ¿Volver al ritmo evolutivo anterior a la pandemia? ¿Regular (¿quién?) el vertiginoso ritmo al que están sometidas todas las personas y sociedades del mundo? Una lectura no ideológica sino humanista de la actual Covid 19 ayudaría a encontrar urgentes alternativas. Sobre todo, la de potenciar el discernimiento entre el bien y el mal, la conciencia moral y una ética global. De momento, sigue imperando la sombra del mal como acompañante de la humanidad en marcha. ●